

INTRODUCCION.

MEXICO.

Treinta años despues de la Conquista.

I.

Tierra de movimiento, tierra de catástrofes parece ser la nuestra. Colocada entre las movedizas playas de dos Océanos próximos y regada por lavas que los volcanes en medio de desastrosos estremecimientos arrojan, tiende á darnos la movilidad y las fluctuaciones como cualidad esencial á nuestro carácter.

Ha presidido á todas nuestras obras, no el pensamiento de la tranquilidad y de la permanencia, sino el de la accion y la movilidad; así México, nuestra capital, que pudo ser levantada en terreno firme, fué reedificada en el sitio pantanoso en que estuvo ántes de la conquista, porque proporcionaba facilidad para la defensa, y eran las lagunas el mejor dique que se podia oponer á las agresiones y al espíritu borrascoso de los indígenas y aun de los mismos conquistadores.

La México gentilica comprendia dos ciudades: Tenochtitlan y Tlaltelolco, monarquías separadas en un tiempo, pero despues, dominada la segunda por la primera y habiendo crecido excesivamente el número de vecinos en ambas, quedaron reunidas y confundidas en una sola, arruinada durante el sitio que le puso Cortés para enseñorearse del Anáhuac.

A la caída del último emperador mexicano, Cuauhtemotzin, dudaron los conquistadores acerca de si convendria reedificar la México vencida, ó si convendria más situar la capital en otro sitio, y tanto duró la vacilacion, que Coyoacan fué la residencia de Cortés, de sus capitanes y del Ayuntamiento, durante más de dos años.

El nombre de México, ciudad guerrera y dominante, tenía extraordinario ascendiente sobre los pueblos del Anáhuac para no aprovechar tal circunstancia en la conquista del nuevo continente; Tenochtitlan, situada en medio de la laguna, ofrecía medios de defensa y de alimentación, tales, que á su lado venían á nulificarse los inconvenientes que presenta un terreno pantanoso y amenazado por las inundaciones.

Quedó reedificada la nueva México en el fondo de un valle circular, rodeado de montañas, cuyo perímetro pasa de sesenta leguas, recibiendo vertientes constantes que desprendidas de los flancos del Popocatepetl y el Ixtlachiuatl, volcanes coronados con nieves eternas, van á reunirse en el fondo del valle, sujetando á México á peligros que han demandado enormes gastos y obras ciclópeas para contrariarlos. El terreno en que estuvo la ciudad conquistada fué repartido entre los vencedores y los que solicitaron ser vecinos.

Las ruinas de la México gentilica, en los primeros años de la conquista, representaban tres siglos de vida activa y laboriosa; los mexicanos la habían fundado en el año de 1327, cuando el imperio chichimeca crujía sobre sus bases y ya se derumbaba.

Desde Tenuchzin, primer jefe azteca, hasta Moctezuma II, el más caracterizado jefe de la Nación brava y conquistadora de los mexicanos, creció en opulencia la ciudad del Águila sobre el Nopal, la Tenochtitlan, y se hizo digna de la admiración de todos los pueblos del Anáhuac, porque había mucha energía y cálculo en levantar una ciudad cubierta de vastos edificios, sobre las movedizas ondas de la Laguna.

México había sujetado á su poder á pueblos tan altivos como los Tultecas, Chichimecas y Aculhuas, pero la grandeza de la capital descendió desde la muerte del gran Moctezuma, cuyos sucesores fueron de ánimo apocado y el destino los condujo de fatalidad en fatalidad, hasta perder la herencia adquirida con tanto esfuerzo por sus antepasados, á quienes por largo tiempo iluminó el sol de la fortuna.

De los muchos templos que poseía la ciudad gentilica, no quedó ni el menor rastro en la ciudad de México, y del de Huitzilopochtli, el más frecuentado y célebre por las bárbaras ceremonias que allí tenían verificativo, dedicado á la sanguinaria deidad de la guerra, suelen encontrarse hoy fragmentos en las escavaciones que se efectúan en la Plaza Mayor.

El 13 de Agosto de 1521 puso término á las prácticas gentilicas, cambió radicalmente la faz de México y con el cristianismo fueron arrojadas en esta parte del continente americano, las primeras semillas de la civilización europea, madre fecunda que entre tanto fruto bueno no ha dejado de producir algo malo.

Antes de concluir el siglo de la conquista, ya no había quedado en México ni la menor señal de lo que había sido bajo el gobierno de los reyes aztecas, tanto por lo suntuoso de sus edificios, como por la extensión de su recinto.

II.

La nueva ciudad fué trazada conforme á un plan determinado; el cuadro abrazaba por el Oriente la calle de la Santísima, al Sur la de San Gerónimo, al Norte Sto. Domingo y Sta. Isabel al Poniente, formando, según algunos autores, aproximadamente, un paralelogramo cuyos lados pasaban por esos puntos designados. En las nuevas calles formáronse acequias, sobre las cuales fueron colocados puentes que dieron nombre á las calles, y varias acequias antiguas quedaron cegadas con los escombros de la ciudad vencida. Llamáronse calles del Agua, aquellas por las cuales pasaban las nuevas acequias.

Los suburbios fueron designados para barrios de los indígenas, hácia el Norte en Santiago Tlatelolco y hácia el Poniente en San José y San Juan; fuera de la *traza* todas las calles se formaron torcidas é irregulares de manera que fácilmente se puede distinguir hoy, hasta donde llegaba el cuadro, aunque muchas calles al salir de él continuaron con regularidad.

Cualquiera que hubiera visitado hace tres siglos y medio la ciudad que hoy es capital de la República, no podría haberse figurado ni por un delirio de exuberante fantasía, que hoy estuviéramos en tan diversa situación.

La calle de Tacuba era en 1552 una extensa avenida empedrada, larga y ancha, teniendo en el medio un canal con el agua corriente; en ambos lados habíanse levantado casas alineadas y en orden, construidas á todo costo por vecinos nobles y opulentos; esa calle de Tacuba que se extendía desde la plaza hasta la ermita de San Hipólito, se debe considerar como la calle más antigua de la capital y hoy está dividida en varias que toman distintos nombres.

Desde los primeros años de la reconstrucción de México, se levantaron pesados edificios, aunque parecía difícil ó imposible hacerlo, atendiendo á que el terreno era y aun es cenagoso y estaba la capital rodeada completamente de agua, circunstancia esta que en tiempo de la gentilidad, hizo superiores á los mexicanos sobre los demás pueblos que habitaban las orillas de la laguna.

Las casas no eran altas, en general; tenían dinteles de piedra y sobre cada puerta se veía el escudo de armas de los dueños; en las cornisas de los techos asomaban canales de madera ó barro por las que caía á la calle el agua llovediza.

Había entre aquellas, en la misma calle de Tacuba y esquina del Empedradillo, un edificio elevado y más fuerte que los demás, con tiendas en la parte baja, y ese edificio sirvió para Palacio de la Audiencia y los primeros vireyes, y por su magnitud y el movimiento que en él había, comparábase desde entónces el Palacio á otra ciudad. Estas eran las casas de Cortés, de cal y canto, con viguería de cedro y grandes patios rodeados de habitaciones.

La calle de Tacuba tenía ocupadas sus aceras hasta la plaza, por toda clase de artesanos: carpinteros, herreros, cerrajeros, pintores, zapateros, tejedores, barberos, panaderos, cinceladores, sastres, borceguineros, armeros, veleros, bizcocheros, tor-

neros y otros muchos, según las noticias estadísticas que de aquella época nos quedan.

La Real Audiencia ocupaba una parte de aquella notable casa y en la esquina de Tacuba y el Empedradillo estaba el reloj, en una torre propia para él; después, cuando la Audiencia se trasladó al nuevo Palacio, fué trasladado también el reloj, del cual tomaron el nombre algunas calles que están al Norte de ese edificio.

La plaza principal de México, fué, en el primer siglo de la conquista, bella y regular, ocupando la Catedral el centro; la plaza tenía aspecto alegre, era plana y extensa, afeándola solamente unos portales que cortaban la vista, y cuya situación no se puede fijar hoy con certeza.

No ha faltado quien extrañe que haya sido tan grande; pero la respuesta siguiente era dada por nuestros antepasados, según dice el cronista Cervantes Salazar:

—“Se dejó tan vasta para que en ella se presentara cuanto se vendiese; allí se celebraban las grandes ferias, las almonedas y se vendían toda clase de mercancías; allí acudían los mercaderes de toda la Nueva España y aun muchos de la Metrópoli europea.”

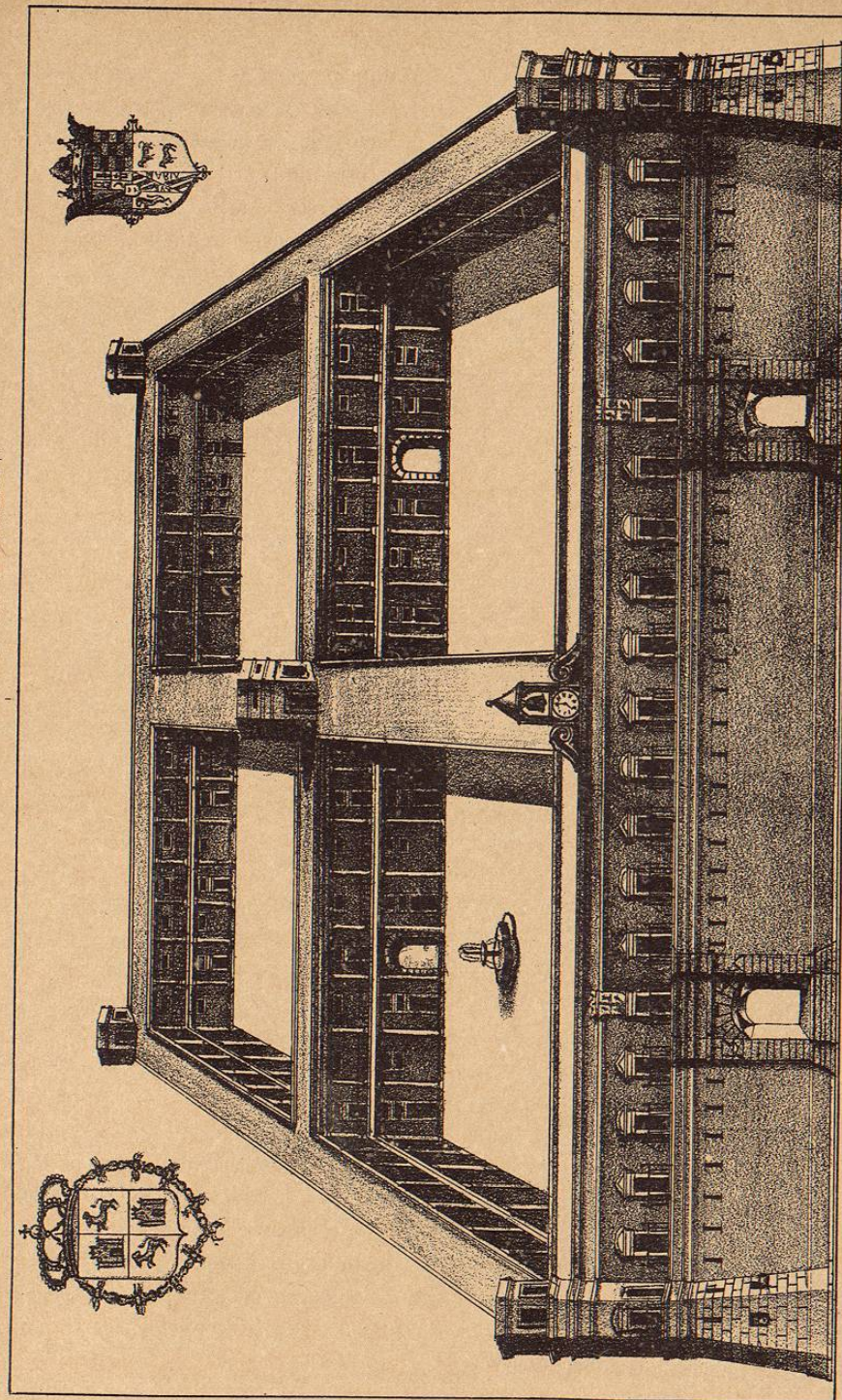
Era hermosa la fachada del Palacio de gobierno en el Empedradillo: tenía corredores altos, adornados con columnas redondas, que sostenían arcos de piedra labrados primorosamente y balaustradas también de piedra.

Invadían el Palacio porción de litigantes, agentes de negocios, procuradores y demás que apelaban á la Audiencia, contra las sentencias de los alcaldes ordinarios, notándosele desde entonces á la capital cierto aspecto de bachillera.

En el mismo Palacio del Empedradillo ocupaba un departamento el Correo Mayor, sujeto á quien se le atribuía extraordinaria actividad; un pasadizo sin puertas, que caía al patio, conducía á las habitaciones del virey, cerca de las cuales estaba el tribunal, al que se entraba con la cabeza descubierta y con respeto, hablando solamente en caso necesario y siempre en voz baja.

La sala de la Audiencia era espaciosa y sencillamente adornada; bajo un dosel de damasco galoneado había cinco asientos, sobre ricas alfombras; el más elevado para el virey y los otros cuatro para los oidores, que se colocaban á los lados del que representaba la Magestad. Allí solamente hablaba y poco, el ministro semanal, llevando por guía que el silencio realza la autoridad; por esta razón solamente en negocios intrincados ó cuando era preciso informar, tomaban la palabra los demás.

Sentábase el virey sobre un almohadon de terciopelo y colocaba los pies sobre un cojín de la misma tela. Abajo del tablado colocábanse el fiscal, el alguacil mayor, abogado de pobres, protector y defensor de indios y los demás letrados que tenían pleitos; la nobleza y los consejales, cada uno en el lugar correspondiente á su empleo y dignidad; y al concluir las gradas estaban los escribanos y promotores. Dividía la sala un enverjado para que la gente vulgar se colocara atrás y no fuera á confundirse con la noble. Cuando se discutía más de lo conveniente, el portero imponía silencio á los abogados litigantes.



México Pintoresco. = Introducción

SIGLOS XVI y XVII.

Vista del primer Palacio Nacional de México. = Edificio comprado á D.^o Martín Cortés en el reinado de Felipe II é incendiado en 1692.

Frente á las Casas Consistoriales estaba la acequia que seguia por la calle del Refugio, y uniendo la esquina de los portales y la de la Diputacion, habia un puente que se llamó de los pregoneros; ya las casas de Cabildo estaban adornadas con portales desde fines del siglo XVI¹.

En las Casas Consistoriales residian dos alcaldes que anualmente designaba el Ayuntamiento, y que tenian la facultad de imponer pena de muerte, y desde entonces era notable la Sala de Cabildos por la galería de columnas que sustentaban arcos de piedra y por su mirador hácia la Plaza.

Unida á estas casas se veia la casa de fundicion, en la que estaban los selladores de plata; en la parte baja se hacian las almonedas públicas, y allí se pesaban las barras de plata para cobrar el quinto que correspondia al rey.

La Catedral era un templo pequeño y humilde, situado en medio de la plaza, disponiendo de muy cortas rentas para mejorarse.

Desde el Palacio del Marqués del Valle habia una calle bastante larga, al fin de la cual estaba el hospital de enfermos del mal venereo, hospital que tomó el nombre del Amor de Dios.

Ya en 1552 el Palacio arzobispal era una notable casa, cuya azotea tenia á los extremos dos torres mas elevadas que la que habia en el centro; el primer piso estaba adornado con rejas de hierro que descansaban sobre un cimiento firme y sólido.

Hácia el Oriente, en el sitio llamado despues San Lázaro, estaba la fortaleza de las Atarazanas. Llamaban la atencion en la calle de la Perpétua, las casas del Doctor Pedro López, de hermoso patio adornado con columnas de piedra y portales con jardin á la entrada.

Pedro López era casado con Ana de Castellanos; habiendo acompañado á Cortés en su expedicion á Hibueras, en seguida fué enviado á Sto. Domingo en solicitud de recursos, y naufragó, salvándose en una tabla. Todos le daban por muerto, inclusive su esposa, cuando se presentó causándoles grande sorpresa. Fué el primero que en México se graduó de doctor en medicina.

El monasterio de Sto. Domingo era ya de grande extension, rodeado el átrio de una tapia y en los ángulos del cuadro tenia capillas interiores para rezar estaciones.

México no podia ser considerado mas que como un grupo de casas españolas, encerradas dentro de la *traza*; las muchas acequias que tenia la ciudad, contribuian á su desaseo; multitud de solares interrumpian las hileras de edificios; la policia era desconocida y pocas las calles empedradas; conducíase por la ciudad el agua potable en canoas.

No obstante, en el siglo XVI era la única ciudad de la América con amplios y sólidos edificios, con universidad, colegios, iglesias, y notable por su antigua fama, sus riquezas y excelente clima.

Veíase tambien ya el convento de la Concepcion. Tambien eran notables las calles de San Francisco; el átrio de este convento tenia en el centro una cruz muy alta, labrada en enorme tronco, al rededor del átrio veíanse árboles muy frondosos y tam-

¹ Dialogo segundo de Cervantes Salazar.

bien de grande elevacion, y en las esquinas capillas para el rezo de las estaciones, habiendo una con enverjado de madera, al través del cual podia la multitud ver al padre que decia la misa; la huerta estaba rodeada por una larguísima tápia, quedando frente á ella el colegio de San Juan de Letran, para jóvenes mestizos que salian á la calle de dos en dos por lo ménos, con sus trajes talaes.

La acequia atravesaba toda la ciudad; las chozas de los indígenas eran tan bajas y miserables, que apenas se percibian; por el rumbo de San Juan veíase el acueducto y las *Tiendas de Tejada*, con vastos y extensos portales sostenidos por columnas equidistantes; sobre los portales estaba el segundo piso de las tiendas, ciñendo el todo fosos llenos de agua y la acequia en la cual habia embarcaderos.

Gran número de barcas y canoas de carga recorrian la ciudad en todos sentidos y la horca, colocada bastante alta en el mercado, se veia desde léjos y se ascendia á ella por una escalera guardada con su correspondiente puerta.

Era de notarse la alimentacion de los indígenas que comian tortillas, chile, frutas, gusanos, tunas y usaban el pulque tan deseado hoy tambien. Presentábanse en las plazas los hombres cubiertos con sábanas y las hembras usaban enaguas y huepiles.

El mercado de Santiago tenia por un lado el convento de franciscanos y el colegio; por otro la casa del gobernador indígena con la cárcel y los otros dos costados estaban cerrados por portales, habiendo en el centro un patíbulo de cal y canto, á manera de torre.

El convento de San Agustin, grande y pesada mole para cuyos cimientos tuvieron que usar enormes piedras, era otro edificio tambien ya notable: tenia techos con armaduras de madera descansando sobre arcos de piedra, y las bóvedas artesonadas y matizadas de diversos colores; entónces construíanse allí capillas para enterrar los restos mortales de la nobleza.

El aspecto general de la ciudad era el de una série de fortalezas; llevaban las casas mas ó ménos torres, segun la gerarquía del dueño, poníanles pocas puertas para la calle, las ventanas eran de estilo morisco y los balcones con antepechos de piedra y aberturas en los lienzos bajos para disparar los arcabuces y las ballestas.

Tres clases de calles tenia México: unas enteramente cubiertas de agua y tan solo transitables por canoas, á las orillas de las cuales tenian los vecinos sus huertas; otras tenian la acequia en el centro y terreno firme á los lados, y algunas no tenian acequia y eran muy angostas, sirviendo generalmente para entrada firme á las casas.

III.

La ciudad estaba cubierta, en consecuencia, de multitud de puentes, cuyos nombres hasta hoy se conservan, y se unia á la tierra-firme por tres calzadas: la de Guadalupe al Norte, la de San Antonio Abad al Sur y la de Tacuba al Poniente,

De aquella época no quedan mas que descripciones mas ó ménos incompletas; ningun edificio tenemos de la ciudad azteca, y apenas idea de la ciudad española en el

siglo XVI; la primera fué arrasada y aun los templos vinieron á tierra por el celo religioso de los conquistadores y no hay edificio particular ni iglesia que no haya sido reconstruida dos ó mas veces.

La nueva ciudad fué levantada á expensas y por los esfuerzos de los indígenas, quienes, segun el Padre Motolinia, hacian las obras á su costa, buscaban materiales y pagaban los pedreros y carpinteros. Los indígenas reedificaron sus casas en los sitios que Cortés les señaló, dejando libre el terreno que se destinaba á edificios españoles, con arreglo á un plano formado por el Ayuntamiento. Les estaba prohibido á los españoles construir fuera de la *traza*.

Como una excepcion, la calzada de Tacuba salió de la *traza* señalada, pues de uno y otro lado de ella, para fortificar la capital y preparar una salida hácia la tierra-firme, se construyeron casas habitadas por españoles desde la hoy calle de la Mariscal hasta la Tlaxpana, encontrándose en esa vía el famoso sitio donde se asegura que Pedro de Alvarado, en la terrible Noche Triste, apoyó su lanza en el fondo de una zanja, y dando enorme salto pasó á la otra parte de ella.

En las *Atarazanas* ó sea el lugar en que se guardaban los buques, se concluyeron hácia la laguna dos torres muy fuertes con troneras, de manera que mutuamente se defendian; seguia un cuerpo de edificio con tres naves, en el que estaban los bergantines, y al terminar el edificio habia otra gran torre que podia hostilizar á la ciudad naciente.

No solamente las casas de Cortés tenian almenas, saeteras y troneras, sino todas las de los conquistadores, distinguiéndose las de los capitanes Sandoval y Rangel.

La *traza* estaba rodeada por una acequia ancha, y además de Oriente á Poniente corria otra acequia, pasando por las calles que despues se llamaron del Puente de la Leña, Santos, costado de Palacio, frente de la Diputacion, Tlapaleros, Coliseo Viejo y callejon de Dolores, hasta salir por el convento de San Francisco á unirse con el canal que corria por la calle de San Juan de Letran en la direccion de Sur á Norte. Algunos otros canales de menor importancia habia en otras direcciones.

La ciudad fué creciendo segun lo exigieron las necesidades, notándose que desde el principio se atendió á los establecimientos de caridad y beneficencia pública, pues desde 1524 estaba ya fundado el hospital que en nuestros dias se ha conocido con el nombre de Jesus. Cortés se habia tomado para sí los mejores sitios, comprendiendo los Palacios viejo y nuevo de Moctezuma y al rededor de sus posiciones colocó á sus amigos, repartiendo los terrenos de ménos valor entre los que no se contaban en el número de sus adictos, lo que dió motivo á los cargos y acusaciones que le formularon en la Metrópoli española.

Desde Noviembre de 1524, se hizo pregonar por el Cabildo: "que todas las personas que tuvieran solares los cercaran y limpiaran si no pudieran cultivarlos, apercibiendo á los dueños con la pérdida de dichos solares, que pasarian á otros dueños, si para el día de Navidad no habian cumplido con la disposicion que no admitia próroga ni espera."